



CAMBIO DE LOS CALZONES POR ALFORJAS

NUEVA RELACIÓN

Discreta, graciosa y divertida, de lo que sucedió á un carbonero que le dieron un par de calzones, pensando darle sus propias alforjas, y cómo una vieja con sus industrias raras engañó de tal manera al carbonero, que aún le dió la mitad del dinero que sacó del carbón.

PRIMERA PARTE

Todo casado me escuche, les suplico que me atiendan,
todo viudo se suspenda, que miren con quien se casan,
todos los mozos y niños que no se fien de viejas

de mozas y casadas,
ni de viudas; zalameras,
ni tampoco de beatas
ni de las niñas pequeñas,
porque aquel que se fiare
le saldrá muy mala cuenta;
y si me dan atención
explicaré con presteza
lo que las mujeres son,
manifestando sus tretas,
sus chismes y sus enredos;
dando principio al asunto
comenzaré por las viejas.

Estas, por lo regular,
la mitad son alcahuetas,
llevando chismes, enredos,
armando si hay paz, guerra;
el argumento está claro,
pues se ve con la experiencia
en cualquier parte del mundo,
ciudad, villa, casa ó venta,
que por desdicha ó desgracia
llegare á entrar una vieja,
meterá tanta cizaña
como metió Ana Bolena
con el Cardenal Bolseo
cuando perdió la Inglaterra.

Al amo de casa dicen:
—Su esposa á usted se la pega,
pues pronto le haré que lleve
de San Marcos la bandera
y pasar por Carcabuey
é ir al Rastro por madera,
y también que á San Cornelio
nucha devoción le tenga.
El buen hombre le responde:
—Diga usted, señora vieja,
¿qué ha visto usted en mí mujer
que dice que me la pega?
Y la espía del demonio,
que es la condenada vieja,
le dice:—El otro día ví yo

entrar un hombre con ella,
se encerraron en un cuarto
y estuvieron hora y media;
lo que hicieron no lo sé;
pero bien se manifiesta
que estando ambos encerrados
no harían ellos cosa buena.

El marido enfurecido,
dando crédito á la vieja,
vá y le dice á su mujer:
—Pícaro, vil, mala hembra,
tú me has quitado el honor,
tú con los hombres te encierras
quitándome á mí el honor,
siendo tú vil y adúltera.

Y sin aguardar razones
una paliza la pega.

La pobre mujer llorando
por ser cosa tan incierta,
le dice:—¿Quién te ha contado
mentiras tan manifiestas?

El replica:—Quien te vió,
que fué la tía Lucrecia,
que esta es mujer de verdad,
pues ya tiene más de ochenta
y me parece una santa,
pues siempre el rosario rezá.

Y la mujer le responde:
—Pues si yo á ella creyera,
cómo estaría la casa,
jamás faltaría guerra;
el otro día me dijo
que te entraste con la Pepa
en su casa, y que allí
tuvísteis buena merienda,
y que después de comer
también dormísteis la siesta,
que hiciste un no sé qué...
entiéndalo quien lo entienda;
pero yo no lo creí,
porque sé bien quién es ella,
y si hemos de tener paz,

nunca te creas de viejas,
porque la que no es borracha
es lo menos alcahueta,
otras brujas rematadas,
y muy pocas las hay buenas.

Y para que nadie ignore
las astucias de las viejas,
les voy á contar un chiste
que es digno de que se sepa,
que sucedió á un carbonero
en el lugar de Estivela,
cuatro leguas poco menos
de la ciudad de Valencia.
Este tal era casado
con una muchacha bella,
la cual tenía un cortejo
que en cuanto ocasión viera
tenía grande cuidado
de irse á acostar con ella.

Sucedió que el carbonero
tenía que ir á Valencia,
que le era cosa precisa
para despachar la hacienda,
y la dijo á su mujer:

—Amada y querida prenda,
mañana por la mañana
á eso de las nueve y media,
tengo que cargar los machos
de carbón para Valencia,
y me tendrás prevenida
la alforja con diligencia
de cebada, pan y vino
y algunas otras cosuelas,
que me las quiero llevar,
porque dentro de Valencia
está muy caro el comercio
y cuesta mucha moneda.

La mujer le respondió:
—Haré cuanto tú me ordenas,
y al mismo tiempo también
á su amante le dió cuenta
cómo se iba su marido,

y así que tiempo no pierda
que será muy de mañana
y por tanto que esté alerta.

Llegó la hora señalada
y la mujer que está en vela
á su marido le dijo:

—Mira que es la una y media,
ya te puedes levantar
y marchar á toda prisa,
porque entre ir y venir
tienes que andar ocho leguas;
con la prisa que llevaba
se fué y las alforjas deja.

Dejemos al carbonero
andando para Valencia
y vamos á la mujer
al ver del modo que queda,
pues luego vino el barbero,
que era el cortejo de ella,
y se subieron arriba
cerrando muy bien la puerta;
se desnudan de sus ropas
luego en la cama se acuestan,
hablándose con cariño,
diciéndose mil ternezas.

Estando en estos requiebros
oyen llamar á la puerta;
la mujer se levantó
á medio vestir deprisa,
se asomó á la ventana
por ver y saber quién era,
y respondió el carbonero:

—Corre, baja, abre la puerta
para subir á buscar
las alforjas que se quedan
en ese poyo, que está
al lado de la chimenea;
y la mujer asustada

le dice de esta manera:
—No tienes tú que subir,
yo las sacaré allí fuera,
y sin detenerse un punto

ni encender la luz siquiera,
fué tentando por allí
(aquí pido que me atiendan)
pues por coger las alforjas,
unos calzones le entrega
del barbero que en su cama
durmiendo estaba con ella;
se los entregó al marido
y volvió á cerrar la puerta
subiéndose para arriba
quedándose muy contenta
y al lado de su galán
por segunda vez se acuesta.
Lo que pasó entre los dos
solo en silencio se queda,
pero bien se deja ver
y así sigamos la letra.

Volvamos al carbonero
que siguiendo su carrera
apenas había andado
como cosa de tres leguas,
era ya de día claro,
llegó cerca de unas ventas
que se llaman de Pusol
y están en la carretera,
dijo el buen hombre entre sí:

—Voy á almorzar en seguida,
se fué á sacar las alforjas
y unos calzones se encuentra.

Aquí es cuando el carbonero

se le apura la paciencia,
y dijo:—¡Válgame Dios,
que esto á mí me suceda!

Y más cuando conoció
que aquellos calzones eran
del barbero del lugar,
escupe, araña, pateo,
y jura que ha de vengar
infamia tan clara y cierta,
y se quería volver;
pero luego considera
que vengaría su agravio
á la noche venidera,
y prosiguiendo su viaje
á la ciudad de Valencia
lo que este hombre pasó
con sus sustos y sospechas
y todos sus sobresaltos
lo puede notar cualquiera;
dejémosle por ahora
hasta que vuelva á Estivela
y vamos á la mujer,
la que apenas se despierta
se levantó á encender lumbre
y en las alforjas tropieza.

Aquí, discreto lector,
en esta parte primera
da fin, y en la segunda
dirá lo que falta en ella.

Fin de la primera parte.

SEGUNDA PARTE



LO QUE SUCEDIÓ AL CARBONERO

Aquí fueron los suspiros,
los lamentos y las penas
de aquella infeliz mujer
que así hasta el cielo llegan;
con los gritos que ella daba
el barbero se despierta
diciendo enternecido:

—¿Qué tienes, querida prenda?
dí, ¿qué te ha sucedido?
Comunicame tu pena.

Y le respondió llorando:
—¡Ay, que seré descubierta!
que esta mañana al marido
cuando llamaba á la puerta
pensé darle las alforjas
y tus calzones se lleva.
El barbero la responde:

—Ya la hemos hecho buena,
¿no podías conocerlo?
Porque bien se diferencia
las alforjas de calzones,
¿cómo estaba tu cabeza?

Lo que más siente el barbero
y le causa mayor pena,
es no haber llevado capa
y haber de salir en piernas,
y tener que ir á afeitar
los parroquianos por fuerza,
y no tener más calzones
allí ni en su casa misma
que los que el carbonero
se ha llevado á Valencia;
aquí suspirando dice:
—Cuando mi mujer lo sepa

que he perdido los calzones,
¡qué buen día nos espera!

Y toda la culpa tiene
solo tu mala cabeza.

La mujer del carbonero
responde de esta manera:

—Bien la tienes mejor tú,
así no te conociera,
que no me viera yo ahora
tan oprimida y suspensa,
tan llena de confusiones
y tan cercada de penas;
y lo que hasta entonces fué
alegría y complacencia
se ha convertido en pesares,
sustos, discordias y penas,
tanto que al barbero dijo
furiosa la carbonera:

—Sálgase luego de casa,
váyase la puerta fuera,
y si no tiene calzones
búsquelos donde quisiera;
entonces se fué el barbero
y ella llorando se queda.

Dejemos á la mujer
lamentándose en sus penas,
y vamos al cirujano
que apenas sale á la puerta
encontróse unos muchachos
que juntos iban á la escuela,
y al instante que lo vieron
pensando que loco era,
hasta meterse en su casa
le fueron tirando piedras,
y como iba sin calzones
no habló palabra ni media,
si no escapar á correr
porque no le conocieran.

En fin, se metió en su casa
sin que la mujer le viera,
acostándose en su cama
herido de la cabeza

por la grande tempestad
y la abundancia de piedras
que le habían disparado
los muchachos de la escuela.

A este tiempo la mujer
que venía de la iglesia,
cuando le vió sin calzones,
presumiéndose lo que era,
en cuenta de consolarlo
le tiró muy bien las greñas,
creyó que para esquilarse
no eran menester tijeras,
porque le dejó sin pelo
y le arrancó las melenas.

Aquí si que eran de ver
lo's llantos y las miserias
del infeliz cirujano,
pues tantos males le cercan.

Dejémosle por ahora
curándose la cabeza,
y vamos á la mujer
que desesperada se queda
amargamente llorando
y no hay consuelo para ella,
á cuyo tiempo por lumbre
en su casa entró una vieja,
y viéndola que lloraba
la dice de esta manera:

—Dime, ¿qué te ha sucedido?
¿qué lloras? ¿qué te lamentas?
y la mujer la responde
con un ¡ay! que al alma llega.

—Aunque yo á V. se lo diga
no me aliviará mi pena;
por fiarme del barbero
me veo de esta manera,
muy triste y desconsolada.

Entonces dijo la vieja:
—Dime ¿qué te ha sucedido?
no lo calles por vergüenza,
comunicámelo todo,
haz cuenta que te confiesas,

que yo te tengo de amparar y esto corre de mi cuenta, pues aún no sabes muy bien las astucias de las viejas.

Algún tanto consolada respondió la carbonera: —En el supuesto que dice de que corre por su cuenta y que usted me ayudará la contaré mi flaqueza.

Ayer dijo mi marido que había de ir á Valencia, y que había de madrugar á eso de la una y media; al mismo tiempo me dijo: —Ten las alforjas compuestas; viendo tan buena ocasión al barbero le dí cuenta de que se iba mi marido, y así el tiempo no pierda, que se vá muy de mañana y por tanto que esté alerta.

Cuando esto supo el barbero vino como una centella, se metió dentro de mi casa cerrando muy bien la puerta, y nos fuimos á acostar, á cuyo tiempo que llega mi marido presuroso dando golpes á la puerta, diciendo que le bajara las alforjas con diligencia, y yo medio apresurada comencé á tentar por tierra, y hallándome unos calzones, que éstos del barbero eran, se los saqué muy corriendo pensando que alforjas fueran, y los llevó mi marido, esta es mi fatal tragedia.

A lo que la mujer dijo estuvo atenta la vieja,

y con un grande suspiro respondió de esta manera:

—Amiga, la más amiga no pensé que tanto era, así es preciso tener una consulta de viejas para aplicar el mejor remedio que nos convenga; vamos que ya se juntaron seis ó siete, las más viejas que había en todo el lugar, y consultaron entre ellas como que el mejor remedio era ir á comprar tela para hacerse unos calzones y ponérselo la vieja de la misma calidad que los del barbero eran.

Esto es lo que salió de las consultas de viejas; llamaron al punto á un sastre que viniera á toda prisa que hiciera unos calzones de la referida tela.

Así que estuvieron hechos fué y se los puso la vieja, fué á casa del carbonero hilando con una rueca; se subió á la cocina sentóse muy bien compuesta; arremangóse las sayas y toda su intención era el enseñar los calzones cuando el carbonero venga; no se pasó mucho rato cuando el buen hombre llega, con una cara peor que aquellas que niega deudas y le dijo á su mujer:

—Pícara, vil, mujer necia, hoy has de morir aquí si el cielo no lo remedia,

y vengaré yo mi agravio
de toda tu vil torpeza;
los calzones son testigos
de que si eres vil ramera,
pues siempre que yo me voy
el barbero me la pega.

Sin aguardar más razones
se fué corriendo tras ella,
subiéndose á la cocina
en donde estaba la vieja
con sus sayas remangadas
como referido queda.

Y viéndola el carbonero
la dijo de esta manera:

—¿Cómo V. lleva calzones?
¿dígame, señora vieja?

Y la vieja le responde:

—Tu mujer también los lleva,
en un día los hicimos
los dos de una misma tela
y también el cirujano
de aquestos mismos los lleva.

Cuando el carbonero oyó
lo que le dijo la vieja,
pensó que aquellas palabras
del Santo Evangelio eran,
y arrepentido entre sí
decía de esta manera:

—San Abdón y San Senén

habrá traído esta vieja,
porque no permitirán
de que mi casa se pierda,
pues es cierto, que si no
es por esta buena vieja,
yo matara á mi mujer
y al tal barbero con ella;
es cierto, vidente y claro
que la habría hecho buena.

Entonces el carbonero
se volvió para la vieja,
y la dijo:—Tome usted
la mitad de la moneda
que he sacado del carbón,
perdone por la pobreza;
y al mismo tiempo también
y le dijo á su mujer misma,
que le pedía perdón
de aquella tan grande ofensa,
con que se cumplió el adagio:
«Tras de cuernos, penitencia.»

Con esto han visto, señores,
los enredos de las viejas,
y perjuicios que nos causan
en las casas que ellas entran.

Y con esto el autor pide
á todos cuantos lo lean,
que para ningún asunto
jamás se fien de viejas.

FIN